

LIBRO NOVENO.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION.

¿Qué sabe el corazon lo que desea?
 ¿Qué sabe de su mal ni su ventura?
 Nada le satisface que posea:
 Cuanto no tiene poseer procura;
 No hay fealdad que, como agena sea,
 No tenga para sí por hermosura:
 No tiene bien que mal no le parezca,
 Imposible no ve que no apetezca.

Tal anhela respetos y se infama:
 Tal blasona de honor y se envilece;
 Aquel cree que aborrece lo que ama,
 Cree que repugna aquel lo que apetece;
 Este recoge lo que aquel derramama,
 Consigue el otro lo que no merece;
 ¡Oh miserable corazon humano,
 Como de polvo vil, mísero y vano!

¡Mísero corazon que juzga eterno
 Todo lo deleznable y quebradizo,
 Y sumiso lo adora y lo ama tierno;
 Que ciego, pertinaz, antojadizo,
 Equivoca el Edén con el hechizo!
 Y el milagro real con el hechizo!
 ¡Mísero corazon que diviniza
 Todo lo que es como él polvo y ceniza!

¿Quién dijo: "no lo haré" que no lo hiciera,
 Ni quién "no lo amaré" que no lo amara?
 ¿Quién hubo que por ver no se perdiera,

كتب بالانس كيدر طالع
 وانا اليوم سحر قد هي

Yo era ayer como luna llena y esplendorosa,
 y hoy soy como estrella que desaparece:

AZZ-EDDIN ELMOCADDESSI.
 (Trad. lit.)

Ni quién que por burlar no se burlara?
 ¿Qué aficion no empezó débil quimera
 Y no acabó pasion que avasallara?
 ¡Mísero corazon que nada sabe,
 Y de quien solo Dios tiene la llave!

Una carta, un recuerdo ó un suspiro
 Hacen en sus instintos y aficiones
 Tomar al corazon diverso giro,
 Distinta fé, distintas opiniones.
 Unas horas de ausencia ó de retiro
 Cambian las simpatías en pasiones,
 Y un dulce y solitario pensamiento
 Da á una pasion volcánica alimento.

Una pasion que cambia nuestra esencia,
 Una pasion que va con nuestra vida,
 Que corroe voraz nuestra ecsistencia:
 Por cuyo ardiente amor todo se olvida,
 El deber, el honor y la conciencia,
 El padre tierno y la mujer querida:
 Una pasion que forma nuestra suerte,
 Nuestra fé, nuestra vida, nuestra muerte.

Y esa pasion preñada de misterios,
 De crímenes tal vez é infamias llena,
 Que pierde las familias, los imperios,
 Que las almas sacrílega condena,
 Es la historia de entrambos hemisferios:
 Oña, Clorinda, Deyanira, Elena,
 Cleopatra, Raquel, Dido y Lucrecia,
 Son las de España, Italia, Egipto y Grecia.

¿Qué cosa empero es el amor? Se ignora.
 Es un grande placer ó un dolor grave,
 Que dicha ó mal eternos atesora.
 ¿Cómo viene ó se va? Nadie lo sabe.
 Aparece y se estingue en una hora.
 En ningun sér está y en todos cabe;
 Los poetas le cantan y le cuentan:
 Los pueblos le maldicen y lamentan.

Dios, sin embargo, dárnosle no pudo
 Como pasion desoladora y fiera;
 Sino de la tristeza para escudo,
 De esperanza y de fé como bandera.
 Dios no creó el amor torpe y sañudo
 Que desola, emponzoña y desespera,
 Sino el amor feliz, íntimo y tierno,
 Memoria y prenda de su amor eterno.

El hombre imbécil, cuya torpe mano
 Mancha é impurifica cuanto toca,
 Fué el que hizo de un instinto soberano
 Una pasion desaforada y loca.
 Del hombre ha sido el corazon villano,
 Del hombre ha sido la profana boca,
 Los que el don mejor del alto cielo
 Han hecho un germen de miseria y duelo.

De ella luego el infierno apoderado,
 Contra el hombre volvió sus beneficios:
 Hechizó al corazon enamorado
 De su amor con los torpes maleficios:
 Le arrastró con su amor desesperado
 A los mas insensatos sacrificios,
 Y le inmoló su honor, su fé, su calma,
 Y, renunciando á Dios, vendió su alma.

Misteriosa pasion devastadora,
 Inexplicable, incomprendible, insana,
 Voy á lanzarme en tu region ahora.
 Yo, en el templo de amor alma profana,
 Yo, cuya inspiracion amó hasta ahora
 Las bellas sombras de la edad lejana,
 Voy á hundirme en la sima en que se encierra.
 El infierno á que amor llama la tierra.

Pasion irresistible, cuya esencia
 Se compone de hiel y fuego y lava,
 Cuyo instinto feroz con complacencia
 Al alma vé del corazon esclava,
 Cuyo aliento letal de la ecsistencia
 Consume el germen y el vigor acaba;
 Vil pasion de la fé competidora,
 Tú sola puedes inspirarme ahora.

Ven, pues, á germinar en mi garganta
 El secreto poder de los hechizos
 Con que tu mágia al universo encanta:
 En mis palabras pon los bebedizos
 Con que al amor tu espíritu amamanta,
 Con que hace á los creyentes levadizos:
 Para cantarte, en fin, pon en mi seno
 De tu esencia infernal todo el veneno,

Corazon de Boabdil, ante mis ojos,
 El libro pon de tu secreta historia:
 Dame á leer los sueños, los antojos
 Que te hicieron perder imperio y gloria,
 Que de Dios te atrajeron los enojos,
 Que mancharon tu vida y tu memoria,
 Que te dieron al fin fatal y oscura
 Muerte sin funeral ni sepultura.

¡Venid á mis conjuros, yo os evoco,
 Sombras enamoradas de Baena;
 Almas á quienes dió por su amor loco
 Lecho la eternidad, la vida pena;
 Tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco
 Para abrazar traidor la fé agarena,
 Y tú, africano rey, cuya alma insana
 Vendió su corazon á una cristiana.

A la vida volved por un momento:
 Recobrad vuestro sér á mi conjuro,
 Vuestra faz, vuestra voz y movimiento:
 Mas solo lo poética y lo puro
 De vuestro sér tomad, y al pensamiento
 Mostraos á través del tiempo oscuro
 Como fantasmas blancos y halagüeños,
 Cual sombras puras de encantados sueños.

I.

Descuella del castillo de Baena
 La torre superior del homenaje
 Sobre las otras torres de su fábrica,
 Cual pino erguido sobre humildes sauces.
 Compónese esta antigua fortaleza
 De un vasto cuadrilátero que, iguales,
 Flanquean cuatro torres, que en sus ángulos
 Colocadas se ven y equidistantes,
 Y á las que unen de robustos muros
 Cuatro sólidos lienzos, segun arte
 Militar de aquel tiempo, coronados
 De almenas, aspilleras y baluartes.
 De cada lienzo en la estension, esbeltos,
 Cuatro torreoncillos sobresalen,
 Que á la par que duplican la defensa,
 Dan adorno á su fabrica elegante.
 Estos lindos y aéreos torreones
 Del muro en la mitad toman arranque,
 Y en él apoyan sus ligeros cubos
 Rematando en graciosas espirales,
 Y, en el muro colgados, asemejan
 Borlones de arabesco cortinaje,
 Y sus cabezas almenadas nidos
 De cigüeñas y de águilas reales.
 En medio de esta fábrica se eleva
 La torre principal, de la que parten
 Cuatro arcadas que, uniéndola á los muros,
 Su comunicacion mantienen fácil.
 Dividida en dos cuerpos esta torre,
 Concluye el inferior en un adarbe
 Sobre el que cuatro puentes levadizos
 Dejan aislada la maciza base;
 De modo que si en caso de un asalto

Los muros exteriores se ganasen,
Aun quedaran sus bravos defensores
Señores de su centro inespugnable.
Del cuerpo superior se alza orgullosa
La cabeza magnífica y gigante,
Ceñida de almenados torreones
En que ondea de Cabra el estandarte:
Y le cerca, partido por los puentes,
Hermoseando los sólidos adarbes,
Un cinturón de huertos y jardines,
Copia gentil de los pensiles árboles.
Recreo de sus nobles Castellanos,
Cuando tiempo les dejan sus afanes
Guerreros ó políticos, en ellos,
Se entregan á domésticos solaces.
La condesa de Cabra al fin del día
A sus floridos cenadores sale,
Y sus hijas en ellos de preciosas
Plantas cultivan tiestos á millares.
Y desde lejos á las dos hermanas
Viendo vagar entre sus flores y árboles
Tal vez las cree el patán supersticioso
Del castillo los genios tutelares.

Tal es la fortaleza de Baena
Cuya historia es famosa en los romances,
Y á cuya antigua fábrica del mio
La descosida narración nos trae.

II.

Es una noche clara en que ilumina
El firmamento azul la luna llena,
Con esa luz templada y argentina
Que estiende por la atmósfera serena
Un velo de fantástica neblina.
Las torres del castillo de Baena
Vense á su tibia claridad distintas,
Tomando en ella nacaradas tintas.

En paz reposa el señorial castillo;
Todo tranquilo en su recinto calla:
Del vigía que vela en el rastrillo
Y el centinela puesto en la muralla,
De las móviles armas ródia el brillo:
Todo cerrado y barreado se halla;
No hay mas que una ventana que no encaja
En la torre feudal del homenaje.

De ella asomado á la robusta reja,
Contempla la campiña un prisionero,
Y á su ánima vagar por ella deja
Dando un solaz mezquino y pasajero
Al rudo afán que el corazón le aqueja,
Y al pié de su ventana un ballestero
Vigila en el adarbe, murmurando
La estrofa de un cantar de cuando en cuando.

Mas no es tan solo al campo á lo que mira,
Sin duda el melancólico cautivo;
Ni es para la afición con que suspira
La libertad el solo lenitivo.

Lo que espera no es, ni á lo que aspira,
Seña exterior, ni á verse fugitivo:
Su esperanza tal vez está pendiente
En un balcon del torreón de Oriente.

De él su mirada pertinaz no quita,
De su reja teniéndole frontero:
Mas que sorprenda cuidadoso evita
Su mirada el sombrío ballestero,
Cuya curiosidad acaso escita
La vigilia tenaz del prisionero,
Es ya empero la noche bien entrada
Y nada justifica su mirada.

La media noche al fin cantó el vigía,
Cuando he aquí que del balcon del muro
Lentamente se abrió la celosía;
Hundióse de su cárcel en lo oscuro
Al ver el prisionero que se abría,
Y á poco en la region del aire puro,
De una guzla morisca acompañada,
Se derramó una voz á ella acordada.

Y bien fuera por seña convenida,
Ó por acaso inmeditado fuera,
La guzla tras la reja fué tañida,
Del balcon al abrirse la vidriera:
Mas entonada por azar ú oída
Desde el balcon por álguien que la espera,
El cautivo esta cántiga entonaba,
Y hasta el balcon el viento la llevaba.

SERENATA MORISCA.

ESTRIBILLO.

Azucena—de Baena,
Abre tus tus ojos al sol del día:
Desdeñosa—Nazarena,
Abre á mi canto tu celosía:
Abre, sultana del alma mia.

1ª

Sultana hermosa de los jardines,
Ramo de mirra, tazon de flores,
Bajo la huella de tus chapines
Nacen rosales, mirto y jazmines:
En cuyas ramas llenas de olores
Hacen su nido los colorines,
Duermen los genios de los amores,
Y buscan sombra los serafines.

¿Dónde hay belleza de criatura,
Que se compare con tu hermosura?

Tienes el cuello airoso
De la paloma,
Y el aliento oloroso
Como el aroma;
Tus ojos puros
Son ojos de gazela,
Dulces y oscuros,
Cristiana bella,

CANTOS

DEL TROVADOR.